

UNA LITERATURA DE ARISTOCRATAS, CORTESANOS Y TEOLOGOS

por MARTIN DE RIQUER

UNA de las características más acusadas de la literatura castellana es, como ha sido subrayado muchísimas veces, el perfecto sentido de continuidad y de tradición con que se nos ofrece desde sus inicios hasta los tiempos modernos. Una bien trabada columna vertebral, sin interrupciones reales ni desviaciones manifiestas, mantiene a lo largo de los siglos la unidad y el sentido de vinculación de las letras castellanas, en las que vemos sucederse un mismo tema a través de épocas y estilos totalmente distintos. El Cid Campeador, por ejemplo, será el héroe de los cantares de gesta primitivos, de los romances del xv, del teatro de la Edad de Oro, de la epopeya romántica. El castellano del siglo xix se emocionará ante la misma figura y ante las mismas hazañas que escucharon sus antepasados del xii en las plazas, los del xv al calor del hogar o en las faenas agrícolas, los del xvi y xvii en los

corrales madrileños. Esta activa participación del pueblo en los temas literarios es uno de los factores que más han contribuido, no tan sólo a la grandeza, sino también a la ininterrumpida tradición de las letras españolas en lengua castellana.

Pero si dirigimos nuestra mirada hacia la parte oriental de España, y reparamos en la literatura en lengua catalana, advertiremos un hecho totalmente distinto. Las letras catalanas clásicas, que se desarrollan durante los siglos XIII, XIV y XV, carecieron de elementos tradicionales o populares que pudieran asegurar su continuidad en una masa no culta; y esta carencia, al mismo tiempo, fué un factor importantísimo en la decadencia de la literatura catalana, que de un modo tan repentino se deja ver a partir de los primeros años del siglo XVI. Y es que, como vamos a ver, la literatura catalana medieval es patrimonio casi exclusivo de aristócratas, cortesanos y teólogos.

¿Quiénes y de qué condición son los escritores catalanes de la Edad Media? En primer lugar, los reyes: Alfonso II, el Casto, escribe delicadísimas canciones provenzales; Jaime el Conquistador redacta los hechos de su reinado, que luego se convertirán en su famosa Crónica; Pedro III, el Grande, debate poéticamente con Peire Salvatge; Jaime II es autor de poesías que glosa en latín Arnau de Vilanova; Pedro IV, el Ceremonioso, escribe una magnífica crónica y redacta tratados de caballería y ocasionalmente hace versos; Juan I es poeta. Brillan en la oratoria política Jaime II, Pedro IV, Martín el Humano. Las ramas mallorquina y siciliana de la dinastía abundan en príncipes dados a las letras. Los caballeros de la nobleza, militares casi todos ellos, forman el núcleo más denso de las letras profanas: uno de los primeros es Guillem de Bergadá, prototipo de señor feudal, que lanza venenosas estrofas contra sus enemigos; Jacme, Pere, Ausias y Arnau March, Andreu Febrer, Jordi de Sant Jordi, Luys de Requeséns, Arnau d'Erill, Leonard de Sors, Francesch Ferrer, Huch Bernat de Rocaberti, Berenguer y Guillem de Masdovelles componen poemas de mayor o menor aliento; el vizconde de Perellós y de Roda

es autor de un celebrado viaje al purgatorio; los caballeros Johanot Martorell y Martí Johan de Galba escriben el *Tirant lo Blanch*; Johan Roic de Corella, de la casa condal de Concentaina, es uno de los primeros prosistas y poetas de su tiempo; el militar Ramón Muptaner nos lega su maravillosa Crónica. La única escritora catalana que se recuerda por aquellos siglos es sor Isabel de Villena, hija del escritor castellano don Enrique. Si quisiéramos enumerar todos los miembros de la aristocracia catalana de que hay recuerdo de que fueron escritores, la lista sería interminable. Al lado de los nobles, y a menudo siéndolo ellos también, hallamos los doctores en teología o los formados en la Iglesia: Francesch Eiximenis, Felip de Malla, Johan Eixemeno, Francesch de Pertusa, Pere Calders, Antoni Boteller, Pero Martínez, Antoni Canals, Nicolau Quilis, Anselm Turmeda y la egregia figura de San Vicente Ferrer. E inmediatamente, al lado del rey, encontramos siempre un grupo de escritores, como Bernat Metge, secretario; Arnau de Vilanova y Jacme Roig, médicos de cámara; sin contar a los secretarios de la cancillería, excelentes prosistas en latín y en dos lenguas romances —el catalán y el aragonés—, que desde su elevada posición marcan las direcciones lingüísticas del catalán y se ejercitan en la humanística retórica latina.

En frente a tantos reyes, aristócratas, militares, cortesanos y teólogos, es difícil hallar un nombre perteneciente a otros estamentos que haya cultivado las letras catalanas; y aunque, en efecto, Narcís Franch, traductor del *Corbaccio*, de Boccaccio, era mercader, en su desmazelada y ruda prosa bien se advierte su condición.

Nos hallamos ante una literatura que carece de canciones de gesta —si realmente existió una sobre Jaime el Conquistador, todo hace sospechar que fué de tipo culto, elaborada en la Corte y al estilo provenzal, si es que no estaba escrita en esta lengua—, que no tiene romancero —cuando éste aparece, más tarde,* toma la métrica de los romances castellanos— y en la que son escasas y tardías las manifestaciones teatrales. Es decir: no existe una literatura para el pueblo.

En sorprendente oposición con las demás literaturas romances,

la catalana no nació cultivando el verso, sino la más elevada especulación filosófica. Ramón Llull, desprendiéndose de moldes lingüísticos provenzales en la prosa, abre la literatura catalana, sometiéndola a la más dura prueba a que puede someterse una lengua en su infancia, y logra, gracias a su esfuerzo individual, darle una perfección sorprendente y encauzarla por una rígida construcción sintáctica, en la que su cerebro, ordenado lógicamente, evita todo anacoluto e impone la oración subordinada sobre la coordinada. Los libros de Ramón Llull, de polémica teológica, de misticismo y de lucubración filosófica, van a parar a las escuelas y a un público cultivado y con preparación.

Si bien nos explicamos perfectamente al pueblo escuchando los sermones de San Vicente Ferrer, es evidente que las obras de compilación religiosa de Eiximenis —casi todas ellas dedicadas a altos personajes de la Corte—no nos las podemos imaginar en manos de los estamentos inferiores, entre otras razones por el coste que supone la copia de manuscritos tan extensos; y, por otro lado, sólo los espíritus muy cultivados son capaces de leer obras del tipo de *Lo pecador remut*, de Felip de Malla. La poesía, tanto la lírica como la narrativa, es tan extraordinariamente culta, que sólo es explicable en la Corte y en los palacios. La prosa humanística, llegada de Italia, es todo lo contrario de lo que puede gustar al pueblo. Sólo hay una obra catalana antigua, el *Llibre de bons amonestaments*, del renegado Anselm Turmeda, escrita en 1398, que logra difundirse entre el pueblo y que perdura como lectura popular hasta la primera mitad del siglo XIX: el carácter cínico, burlón y mal intencionado de este curioso poemita hace que sus pintorescas máximas y consejos hallen una gran aceptación, como nos lo demuestran las numerosas ediciones de cordel que se publican desde el siglo XVI hasta entrado el 1800.

Queda bien claro que la Corte, en ningún modo fijada en una localidad determinada, es el centro de la literatura catalana medieval; en ella nacen y se congregan los escritores, cuyo público, al mismo tiempo, se halla también en la Corte. El estilo y la intención de tal literatura ha de estar forzosamente de acuerdo con un

espíritu cultivado y aristocrático, lo que condiciona un radio de difusión reducido a un ambiente superior y elevado. Cuando, a mediados del siglo xv, la residencia del rey se fija en Nápoles, Alfonso el Magnánimo logra reunir a su lado escritores de diversa índole y de varia procedencia que cultivan simultáneamente las letras latinas, italianas, castellanas y catalanas. La literatura catalana, ya vinculada a las innovaciones del Renacimiento *trescentista* desde la última década del siglo xiv, recibe nuevos influjos humanísticos, que la llevan a un elegante y afiligranado barroquismo que echa profundas raíces en Valencia.

La Corte, entendida en un sentido amplio, viene a constituir el soporte de la literatura catalana medieval. Ahora bien: llega un momento en que esta Corte, realizada la unidad de los reinos españoles, deja de gravitar sobre las fronteras de la Corona de Aragón para centrarse en el corazón de España, en Castilla. Parte de la aristocracia catalana sigue al rey, parte se queda en su tierra, sin cargos palatinos ni vida áulica. Los nobles y caballeros catalanes que se trasladan a la Corte son rápidamente asimilados por la cultura de raíz castellana, y si escriben lo hacen en castellano, como ocurre con Juan Boscán, cortesano de Fernando el Católico y del César. El gran foco intelectual de Valencia, de tanta importancia en las letras catalanas del xv, vuelve sus ojos también a los usos de la Corte y adopta decididamente el castellano, lengua en que da la gran escuela de escritores valencianos del siglo xvi, en la que destaca el teatro, vehículo mediante el cual el idioma, las costumbres y el espíritu de Castilla llegan al pueblo de Valencia con una asiduidad y una intensidad de que nunca dispuso, ante este mismo pueblo, la literatura en lengua vernácula.

El Principado de Cataluña, desaparecida la Corte y una aristocracia escritora, queda repentinamente, al iniciarse el siglo xvi, falto del todo de literatura, carencia que no puede remediar el pueblo, pues no tenía géneros esencialmente populares, como hemos visto.

Con esto llegamos a la consecuencia que la decadencia de las letras catalanas, si bien se debe a hechos de índole histórica, no

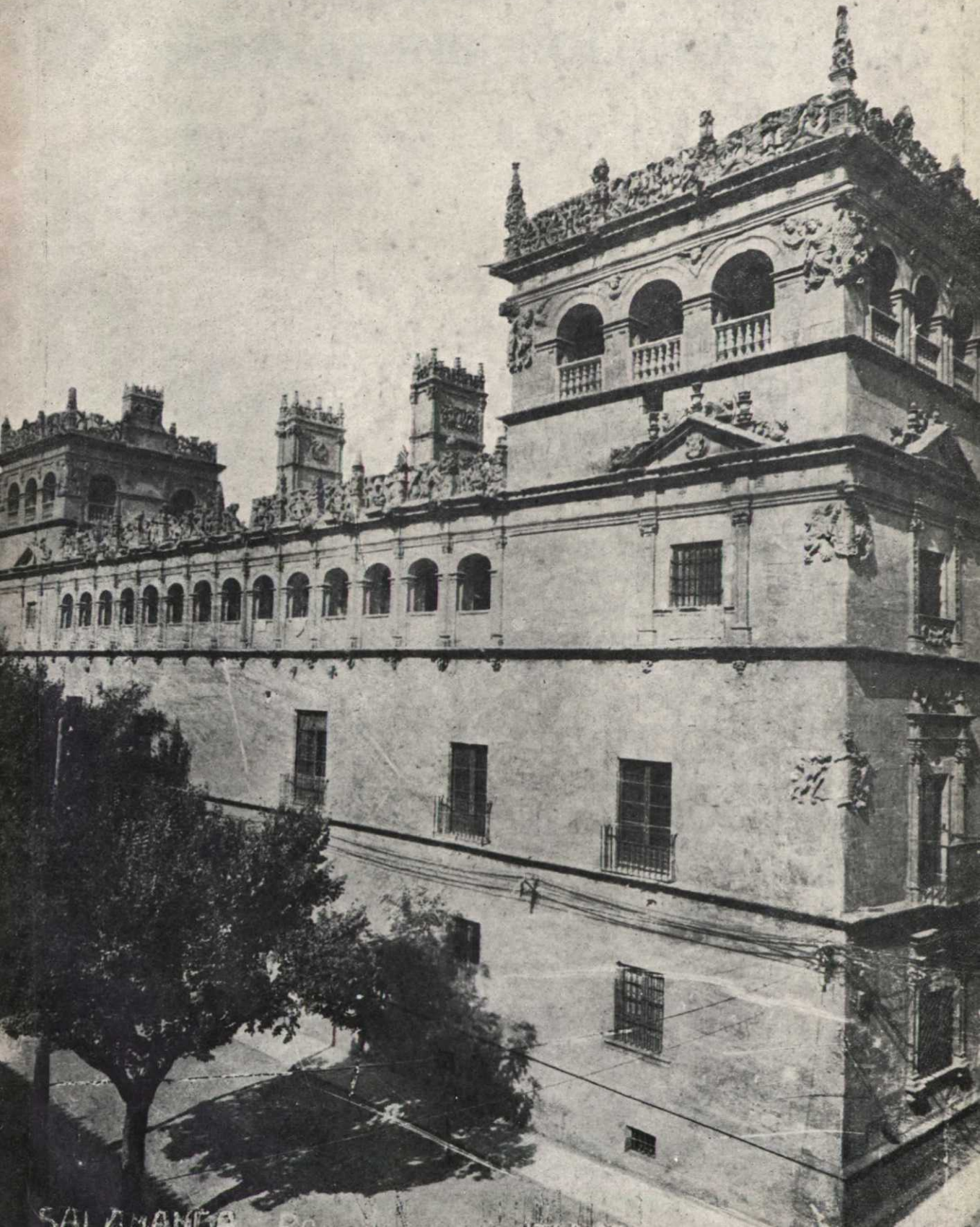
hay que atribuirla en modo alguno a imperialismo castellano o a consciente absorción estatal, como tantas veces se ha repetido. Contrariamente a lo que hizo Francia respecto a la lengua y literatura provenzal, la monarquía española en modo alguno intentó acabar con la lengua y la literatura catalana. Bien al contrario: el César Carlos I, que había impuesto el castellano en la Corte romana, el 16 de febrero de 1519 se dirigía en lengua catalana a las Cortes de Barcelona; exactamente veinte años después su rival, Francisco I, firmaba la *ordonnance* de Villers-Cotterets, en virtud de la cual el francés se convertía en la única lengua oficial en la tierra de los trovadores.



La torre de Monterrey, mi
torre de Monterrey, mi torre del
renacimiento español, de la es-
pañolidad renaciente, me dice
que la vida no es soplo que
pasa y se pierde, sino sueño
que queda y se gana.

MIGUEL DE UNAMUNO

(De *«Las Torres de Monterrey
a la luz de la helada»*.)



SALAMANCA

